


# Mujeres excelentes

BARBARA PYM

Traducción de Jaime Zulaika

gatopardo ediciones 

Título original: *Excellent Women*

© Barbara Pym, 1952

© de la traducción y revisión: Jaime Zulaika, 1985, 2016

© de esta edición Gatopardo ediciones, 2016

Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>º</sup>-1<sup>ª</sup>

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Fotografía de Toni Frissell (1907-1988),

publicada en la revista *Vogue*, 1935

Imagen de interior:

Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire

Imagen de la solapa: fotografía de Mayotte Magnus

© The Barbara Pym Society

ISBN: 978-84-945100-0-7

Depósito legal: B-3199-2016

Impresión: Reinbook Imprès, S.L

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire,  
donde Barbara Pym vivió de 1972 a 1980.



*A mi hermana*



## CAPÍTULO 1

—¡Ah, las mujeres! ¡Ahí están ellas siempre que pasa algo!

La voz era del señor Mallett, uno de los mayordomos de nuestra iglesia, y su tono picaresco me produjo un sobresalto de culpabilidad, casi como si no tuviera derecho a que me vieran fuera de la puerta de mi casa.

—¿Vecinos nuevos? La presencia de un camión de mudanzas parece sugerirlo —prosiguió pomposamente—. Supongo que usted estará al corriente.

—Bueno, sí, normalmente una lo está —dije, bastante molesta por su suposición—. Es más bien difícil no enterarse de esas cosas.

Presumo que una mujer soltera que acaba de rebasar la treintena, que vive sola y no tiene vínculos conocidos, no puede por menos de verse comprometida o interesada por los asuntos del prójimo, y si además es la hija de un pastor, cabe decir realmente que la pobre no tiene remedio.

—Bueno, bueno, *tempus fugit*, como dice el poeta —gritó el señor Mallett, y siguió su camino apresuradamente.

Hube de convenir en que sí huía, pero estuve sin hacer nada el tiempo suficiente para ver a los mozos de cuerda depositando un par de sillas en la acera, y cuando subía las escaleras hacia mi piso, oí los pasos de una persona que en la vivienda vacía, debajo de la mía, recorría de un

lado a otro la madera desnuda para decidir dónde iría cada mueble.

La señora Napier, pensé, porque me había fijado en una carta dirigida a alguien con ese nombre y marcada con la rúbrica «Esperar llegada». Pero ahora que ella había aparecido sentí, perversamente, que no quería verla, por lo que corrí a refugiarme en mi vivienda y empecé a limpiar mi cocina.

La vi por primera vez al anoecer, junto a los cubos de la basura. Los cubos estaban en el sótano y los compartían todos los vecinos. Había oficinas en la planta baja, y encima estaban los dos apartamentos, que no contaban con la debida independencia ni carecían de inconvenientes. «Tengo que compartir un cuarto de baño», había murmurado yo tan a menudo, casi con vergüenza, como si me hubieran considerado personalmente indigna de un baño propio.

Me incliné sobre el cubo y raspé unas hojas de té y unas peladuras de patata del fondo de mi balde. Era embarazoso que nos conociéramos así. Yo había tenido la intención de invitar a la señora Napier a un café vespertino. Habría sido un encuentro civilizado y cortés, con mis mejores tazas de café y galletas en platillos de plata. Y mira por dónde que ahora nos veíamos en aquella situación tan incómoda, con mi peor ropa y acarreando un balde y una papelera.

La señora Napier habló primero.

—Usted debe de ser la señorita Lathbury —dijo bruscamente—. He visto su nombre en uno de los timbres.

—Sí, vivo en el piso de arriba, encima del suyo. Espero que se esté instalando confortablemente. La mudanza es un auténtico jaleo, ¿verdad? Parece que se tarda muchísimo tiempo en arreglarlo todo. Siempre se pierde algo esencial, como una tetera o una sartén...



Yo desgranaba tópicos con desenvoltura, debido quizá a que, con mi experiencia parroquial, sé que soy capaz de encarar con éxito la mayoría de las situaciones clásicas o hasta los grandes momentos de la vida: nacimiento, bodas, muerte, el bazar benéfico, la fiesta en el jardín frustrada por el mal tiempo... «Mildred es una gran ayuda para su padre», decía la gente después de morir mi madre.

—Será agradable tener a alguien más en la casa —aventuré, porque durante el último año de la guerra mi amiga Dora Caldicote y yo habíamos sido las únicas inquilinas, y el mes anterior me había sentido bastante sola tras la partida de Dora para ocupar un puesto docente en el campo.

—Oh, bueno, supongo que no pararé mucho en casa —respondió rápidamente la señora Napier.

—Oh, no —dije retrocediendo—, ni yo tampoco.

En realidad, yo pasaba mucho tiempo en casa, pero comprendí su renuncia a comprometerse con algo que podría convertirse en una molestia o en una atadura. Formábamos, al menos a primera vista, una pareja que probablemente no haría buenas migas. Ella era rubia y bonita, alegremente vestida con pantalones de pana y un jersey vistoso, mientras que yo, apocada y más bien feúcha, resaltaba tales cualidades con mi bata informe y mi vieja falda de ante. Me apresuraré a añadir que no me parezco en absoluto a Jane Eyre, quien debe de haber hecho concebir esperanzas a tantas mujeres feas que cuentan su historia en primera persona, y que jamás he pensado en ser como ella.

—Mi marido pronto volverá de la Marina —dijo la señora Napier, casi con tono de advertencia—. Simplemente estoy organizando la casa.

—Oh, entiendo.

Empecé a preguntarme qué podría haber traído a un oficial de la armada y a su esposa a esta zona cochambrosa

de Londres, tan notoriamente el lado «malo» de la estación Victoria, tan rotundamente no Belgravia, por la que yo sentía un cariño sentimental, pero que por lo general no atraía a personas con el aspecto de la señora Napier.

—Me figuro que es muy difícil encontrar piso —proseguí, espoleada por la curiosidad—. Yo llevo aquí dos años y por entonces era mucho más fácil.

—Sí, me ha costado horrores, y esto en realidad no es lo que buscábamos. No me gusta nada la idea de compartir un cuarto de baño —dijo sin rodeos—, y no sé lo que dirá Rockingham.

¡Rockingham! Apresé el nombre como si hubiera sido una joya preciosa en el cubo de basura. ¡El señor Napier se llamaba Rockingham! ¡Cómo detestaría compartir un baño el propietario de semejante nombre! Me apresuré a disculparme.

—Por las mañanas voy muy rápida, y los domingos suelo levantarme temprano para ir a la iglesia —dije.

Ella sonrió al oír esto, y luego pareció sentirse obligada a agregar que, por supuesto, no pisaba la iglesia.

Subimos en silencio con nuestros respectivos cubos y papeleras. La oportunidad de «decir una palabra», que era lo que nuestro vicario siempre nos exhortaba a hacer, vino y pasó. Habíamos llegado a su piso, y, para mi gran sorpresa, me preguntó si me apetecía tomar una taza de té con ella.

No sé si las solteronas son realmente más inquisitivas que las mujeres casadas, aunque creo que se las considera tales a causa de la vacuidad de su vida, pero difícilmente podía confesar a mi vecina que en un momento determinado de la tarde me las había ingeniado para barrer mi rellano con la intención de fisgar por entre la barandilla el transporte de sus muebles. Había advertido que ella poseía algunas piezas valiosas —un escritorio de nogal, una có-

moda de roble tallado y un juego de sillas Chippendale—, y cuando la seguí a su cuarto de estar observé que también era dueña de algunos objetos interesantes, bolas con tormentas de nieve y pisapapeles victorianos, muy similares a los que yo tenía en la repisa de mi chimenea.

—Son de Rockingham —dijo ella mientras yo los admiraba—. Colecciona cosas victorianas.

—Yo apenas he necesitado coleccionarlas —dije—. La casa de mi familia era una rectoría y estaba llena de objetos así. Era bastante difícil decidir qué guardar y qué vender.

—Supongo que era una amplia e incómoda rectoría rural, con pasadizos de piedra, quinqués y cantidad de habitaciones —dijo de repente—. A veces se siente nostalgia de aquellas cosas. ¡Pero cuánto odiaba vivir allí!

—Sí, era así —dije—, pero resultaba muy agradable. Aquí a veces siento que me falta espacio.

—Pero sin duda tiene más habitaciones que nosotros, ¿no?

—Sí, tengo también un desván, pero las habitaciones son algo pequeñas.

—Y luego está el baño compartido... —murmuró ella.

—Los primeros cristianos poseían todo en común —le recordé—. Agradezca que tengamos nuestra propia cocina.

—¡Oh, Dios, sí! Usted detestaría compartirla conmigo. Soy de lo más descuidada —declaró, casi con orgullo.

Mientras ella preparaba el té, me entretuve curioseando sus libros, que se apilaban en el suelo. Muchos de ellos parecían de un oscuro carácter científico, y había una pila de revistas de tapas verdes que ostentaban el título, algo áspero y sorprendente, de *Hombre*. Me pregunté de qué tratarían.

—Espero que no le importe tomar el té en jarra —dijo entrando con una bandeja—. Ya le he dicho que soy muy dejada.

—No, claro que no —respondí como es costumbre, pensando que a Rockingham le disgustaría enormemente.

—Cuando estamos juntos, casi siempre cocina Rockingham —dijo—. Yo estoy demasiado atareada para ocuparme de eso.

¿Acaso las esposas no deberían estar nunca demasiado atareadas para cocinar para sus maridos?, pensé, asombrada, cogiendo una gruesa rebanada de pan con mermelada del plato que me ofreció. Pero quizá a Rockingham, con su amor por los objetos victorianos, también le gustase cocinar, porque yo había observado que los hombres no solían hacer cosas a menos que les gustara hacerlas.

—Habrás aprendido en la Marina, supongo —sugerí.

—Oh, no, siempre ha sido un buen cocinero. La Marina, en realidad, no le ha enseñado nada —suspiró—. Ha sido edecán de un almirante en Italia y ha vivido en una mansión lujosa con vistas al Mediterráneo los últimos dieciocho meses, mientras que yo recorría África.

—¿África? —repetí, estupefacta.

¿Sería misionera, en ese caso? Parecía muy improbable, y de pronto recordé que ella había dicho que nunca pisaba la iglesia.

—Sí, soy antropóloga —explicó.

—Oh.

Guardé silencio, maravillada, y también porque no sabía bien lo que era una antropóloga y no se me ocurría ningún comentario inteligente.

—Rockingham no tiene mucho que hacer, aparte de ser encantador con un montón de aburridas oficiales Wren<sup>1</sup> con uniformes blancos que les sientan mal, por lo que he conseguido entender.

1. Women's Royal Naval Service (Wren). Cuerpo femenino de la Armada británica. (*N. del T.*)

—Oh, seguramente... —empecé a protestar, pero luego decidí que al fin y al cabo era un cometido que valía la pena. Los clérigos eran a menudo diestros en dicha tarea; muchas de sus feligresas, en efecto, vestían ropas vulgares e impropias que hacían las veces de una segunda piel para ellas. Yo no había pensado en que también pudiese figurar entre los logros de los oficiales de la armada.

—Ahora tengo que poner al día mis notas de campo —continuó la señora Napier.

—Oh, sí, por supuesto. Qué interesante...

—Bien, bien...

Se levantó y dejó su jarra en la bandeja. Sentí que me estaba despidiendo.

—Gracias por el té —dije—. Tiene que hacerme una visita cuando se haya instalado. No deje de avisarme si hay algo que pueda hacer por usted.

—De momento no, gracias —respondió—, pero puede que más adelante.

En aquel momento no pensé nada de sus palabras. Entonces no parecía que nuestras vidas pudiesen tocarse en ningún punto aparte de un encuentro casual en la escalera y, naturalmente, del hecho de compartir el baño.

Esta última idea pudo habersele ocurrido igualmente a ella, pues cuando me hallaba a mitad de camino en la escalera de mi piso, la vecina gritó:

—Me da la impresión de que he debido de usar su papel higiénico. Intentaré acordarme de comprar un rollo cuando se acabe.

—Oh, no tiene la menor importancia —respondí con cierto embarazo. Provengo de un medio en donde no se pregonan a gritos las cuestiones de este orden, pero no obstante confié en que ella se acordase. La carga de abastecer de papel higiénico a tres personas me pareció bastante pesada.

Cuando entré en mi cuarto de estar, descubrí asombrada que eran casi las seis. Debíamos de haber hablado más de una hora. Decidí que la señora Napier no me gustaba demasiado, y a continuación empecé a reprocharme mi falta de caridad cristiana. ¿Pero es que tiene que gustarnos todo el mundo?, me pregunté. Quizá no, pero no debemos emitir un juicio sobre personas con las que hemos tratado poco más de una hora. En realidad, juzgar no era en absoluto de nuestra incumbencia. Había oído decir al padre Malory algo por el estilo en un sermón, y en aquel momento el reloj de Saint Mary empezó a dar las seis.

Alcanzaba justo a ver la aguja de la iglesia a través de los árboles de la plaza. Ahora que no tenían hojas, el edificio gótico victoriano se alzaba hermoso entre las fachadas de estuco descascarillado, espantoso por dentro, me figuro, pero muy querido para mí.

Había dos iglesias en el barrio, pero yo había elegido Saint Mary en lugar de Todos los Santos, no sólo porque estaba más cerca, sino porque era *High*.<sup>2</sup> Me temo que mis pobres padres no lo hubieran aprobado en absoluto, y me imaginaba a mi madre, con los dientes apretados, moviendo la cabeza y pronunciando, en un susurro asustado: «Incienso». Pero tal vez era lo más natural del mundo el querer rebelarme contra mi educación, aun cuando fuese de aquel modo inofensivo. Di una oportunidad a Todos los Santos; de hecho, fui allí dos domingos, pero cuando regresé a Saint Mary el padre Malory me paró una mañana después de misa y me dijo que se alegraba mucho de volver a verme. Él y su hermana habían estado bastante preocupados; temieron que yo estuviese enferma.

2. Se conoce como *High Church* a la facción de la Iglesia anglicana más próxima a la liturgia católica; y como *Low Church* a aquella más reformista y liberal. (N. del T.)

A partir de entonces no había abandonado nunca más Saint Mary, y Julian Malory y su hermana Winifred se habían convertido en amigos míos.

Algunas veces pensaba en lo curioso que era haber-melas apañado para llevar en Londres una vida tan parecida a la que llevaba en una rectoría rural cuando mis padres vivían. Pero son tantos los barrios de Londres que poseen una atmósfera singularmente provinciana o parroquial, que quizá sólo sea cuestión de escoger personalmente una parroquia y amoldarse a ella. Al morir mis padres, con una diferencia de dos años entre uno y otro, heredé una pequeña renta y un surtido de muebles, pero no un hogar. Fue entonces cuando había aunado fuerzas con mi antigua compañera de estudios Dora Caldicote, y mientras ella se dedicaba a la docencia, yo trabajaba en la censura, para la cual, por suerte, no parecían ser necesarias cualificaciones superiores, aparte de paciencia, discreción y una ligera tendencia a la excentricidad. Ahora que Dora se había ido, confiaba en estar sola una vez más, llevar una vida civilizada, con un dormitorio, un cuarto de estar y una habitación de invitados para las amistades. No poseo el temperamento de Dora, que disfruta durmiendo en un catre de tijera y comiendo en platos de plástico. Pensaba que tenía ya la edad de ser melindrosa y *solteril* si me apetecía. Trabajaba unas cuantas horas en una organización que ayudaba a señoras empobrecidas, una causa muy próxima a mi espíritu, ya que me sentía la clase de persona que podría algún día llegar a ser una de ellas. La señora Napier, con sus pantalones alegres y su antropología, evidentemente nunca lo sería.

Estaba pensando en ella mientras me cambiaba para ir a cenar a la casa del párroco, y me felicité de llevar encima ropa respetable cuando la encontré en la escalera en compañía de un hombre alto y rubio.

—Tendrás que tomar la ginebra en jarra —le oí decir a ella—. Todavía no he desembalado los vasos.

—¡No importa! —contestó él con cierta rigidez, como si importara muchísimo—. Supongo que no habrás tenido tiempo de ordenarlo todo.

No era Rockingham, pensé; no, no podía ser él porque estaba en Italia seduciendo a las oficiales Wren. ¿Un colega antropólogo, quizá? La campana de Saint Mary tocó a vísperas y comprendí que no era asunto mío averiguar quién era aquel hombre. Era demasiado pronto para presentarme en la vicaría, por lo que entré rápidamente en la iglesia y ocupé mi sitio entre la media docena de mujeres mayores y de mediana edad que componían la feligresía vespertina de los días laborables. Winifred Malory, que llegó con retraso como siempre, se sentó a mi lado y susurró que alguien había enviado un donativo bastante considerable, realmente generoso, para sufragar el coste de la reparación de la vidriera oeste, que había sido dañada por una bomba. Un donativo anónimo... ¿No era emocionante? Julian me hablaría del caso durante la cena.